

cuando querían acabar de comer quiso el viejo comer por postre la pera podrida, que en su ración había puesto, y en aquella sazón entró un niño en el refectorio, que traía una pera muy hermosa, la cual dio al santo viejo y la comió, y dijo a este religioso: Compañero, en mi vida he comido cosa más sabrosa. Y sería así, porque si se ha de atribuir a milagro (según lo parece) viniendo aquella pera por orden de Dios, trairía el sabor y dulzura de sus misericordiosas manos, que a lo amargo endulza, como hizo en tiempo de Eliseo<sup>8</sup> cuando con un poco de harina que echó en la olla el Profeta, le quitó el amargo grande que tenía. Y así quiso Dios que su siervo fray Alonso no comiese la pera podrida, que de fuerza había de ser amarga, estando podrida, porque por ventura la debía de querer comer, por sólo dar amargor a su boca, sintiendo el que Cristo nuestro señor gustó en la cruz, con la mixtura del vino que en ella le administraron; y como Dios penetra los sentimientos del corazón, recibiría este tan cordial de su penitente siervo, y dándolo por ejecutado excusaría su mal sabor y lo trocaría en el dulce y sabroso de su milagrosa pera.

Este mismo religioso dijo que una vez habiendo gran falta de agua, por haber mucho que no llovía, y que por esta causa padecían los panes, un día comenzó a cubrirse de una nube el cielo y puestas las manos el bendito viejo, alzó los ojos en alto y dijo: Ea, Señor, haced como quien sois, enviadnos agua. Hecha esta breve oración, que era de hombre humilde, de la cual dice el *Eclesiástico*, que penetrara las nubes, dentro de poco rato llovió mucho por la bondad divina, con que se remedió la falta que había de agua, y los panes de aquella comarca, recibiendo el beneficio del cielo, prosiguieron en crecer. Dícese también que viniendo de Guatemala este apostólico varón, en cierto pueblo le salió una india con un niño hijo suyo que se le había muerto, y que, presentándosele con lágrimas la consoló y orando a Dios resucitó el niño y se lo llevó su madre. Todo esto puede Dios y muchas veces lo dispone por medio de semejantes siervos suyos, porque quiere la que hace mercedes, que vayan hechas por ruegos de los que más le sirven, para que se entienda que si los reyes temporales tienen privados y gente de su boca, a cuyos ruegos acude el rey, así el que lo es de los cielos y de la tierra, los tiene, por quienes hace mercedes muy copiosas al mundo.

CAPÍTULO LI. *De la bienaventurada muerte del siervo de Dios  
fray Alonso de Escalona, y cosas que sucedieron*



N ESTOS Y OTROS SANTOS EJERCICIOS SE OCUPABA el siervo de Dios fray Alonso de Escalona. Y llegando a la edad de ochenta y ocho años, habiendo servido fielmente los setenta en la orden de mi esclarecido padre San Francisco, y en esta Nueva España cincuenta y dos, trabajando en doctrinar y predicar a indios y españoles, todo este tiempo, lle-

<sup>8</sup> 4. Reg. 4.

gósele el de su muerte el cual, conociéndole por ventura, por particular inspiración o revelación de Dios, se vino al convento de San Francisco de Mexico, por sus propios pies, descalzo y con sólo un hábito vestido. Y entrando por la portería, y preguntándole el portero que, ¿dónde iba? le respondió: Véngome a morir, que ya es tiempo. Entró en la enfermería y acostóse en una cama, sin sábanas (porque aunque se las daban no las quiso y así vestido como estaba estuvo cinco o seis días en ella, sin más enfermedad que su vejez; porque así lo dijo el médico, que entonces curaba a los enfermos en casa. Aquí estuvo como un apóstol, haciendo actos muy particulares para aguardar la voz del Señor, no durmiendo con descuido, como las vírgenes locas de la parábola de Cristo, sino velando con las sabias y prudentes, aparejando la lámpara de su ánima, con el olio de la continua oración. Y así el sábado siguiente, que se contaron diez días del mes de marzo, del año de 1584, a las ocho de la noche dio el ánima a su criador; el cual no aguardó a llamarle a la media noche, como hizo el esposo a esotras vírgenes, sino cuatro horas antes; porque como todo el tiempo de su frailía le había estado aguardando, por pureza y perfección de vida, no tuvo necesidad de aquel breve rato, para mayor preparación. A cuya muerte me hallé presente y aunque por razón de su fortísima compleción, forcejeó mucho el ánima, desamparando el cuerpo quedó tan sereno y hermoso que no parecía muerto, el que antes era vivo. No se heló este santo cuerpo, como los de los otros difuntos a breve rato que son muertos, antes vimos todos en él una blandura y tractabilidad, como pudiera tenerla estando durmiendo. Y puesto en las andas le puso el enfermero en sus manos una palma y todos corrieron a cortar flores a la huerta, y le coronaron con ellas y se las sembraron por cima de su cuerpo. Los religiosos, conociendo su santidad y viendo de presente la maravillosa hermosura y blandura de sus carnes, con mucha devoción le cortaron los cabellos de la corona y las uñas de las manos y pies, y cada uno procuraba tener en su poder alguna cosa que fuese reliquia de este santo.

De esta manera estuvo este santo cuerpo en el capítulo donde se depositó aquella noche hasta otro día que, aunque se acostumbra enterrarse los religiosos a la misa mayor si hay tiempo de poder recibir este beneficio, no se guardó con este apostólico varón por no pervertir la celebración de la misa y sermón del día, que era domingo de Cuaresma. Y me parece que debió de ser ordenación divina dilatarlo para la tarde, a cuyo entierro concurrió la mayor parte de la ciudad, que como decimos, era domingo de Cuaresma y se dejó el sermón por sólo acudir a su solemnisimo entierro. Vinieron religiosos muchos de todas órdenes, sin ser llamados de los hombres, aunque las voces de Dios, que penetran los corazones, entraron por ellos con tanta eficacia que los trajo a honrar este religioso y funesto acto. Sacaron en hombros este santo cuerpo los priores de nuestros gloriosos padres Santo Domingo y San Agustín, de los conventos de la misma ciudad y otros maestros y hombres graves de las mismas órdenes, porque el que no llegaba al lecho o andas donde iba, no se tenía por dichoso. Hecho el oficio, con toda solemnidad, llegamos a echar el cuerpo en la sepultura

(que como entonces no había mucha curiosidad en los religiosos, no se advirtió en enterrarle con particular caja) y se deslizaba de las manos y brazos como si estuviera vivo, estando sus miembros muy tractables y blandos. Y atribuyéndolo todos a muy grande milagro, llegaron los religiosos de las otras órdenes a cortarle del hábito pobre con que lo enterraron; y fue tanta la priesa que hubo y el estorbo que causó la gente, que acudió a recibir de esta santa reliquia, que no fue posible echarlo en la fosa y sepultura, y teniéndolo en el aire, le despojaron el hábito y lo dejaron en cueros. Trajeron otro hábito que le vistieron y no se lo hubieron puesto y tocado a sus santas carnes, cuando volvieron a rompérselo y hacer muy menudos pedazos; a cuyo repartimiento había tanta gente y tantas voces y gritos, que parecía día de juicio; trajeron otro hábito y sucedió lo mismo que con los dos primeros. Y viendo los prelados la indecencia con que se trataba el santo cuerpo, por despojarle de sus ropas y que si muchos hábitos le vistieran todos se los rompieran y quitaran, con la mayor fuerza que se pudo lo apartamos de la gente, y echamos en la sepultura desnudo y lo cubrimos con mucha priesa, por vernos libres del tropel que sobre el sepulcro cargaba. Y de esta manera quedó allí en la tierra desnuda el cuerpo desnudo de este apostólico varón, que viviendo en vida mortal se preciaba de tan pobre que, si no era forzoso para cubrir sus carnes, no usaba de otra ninguna ropa.

No pienso que fue sólo descuido de los religiosos enterrar aqueste santo cuerpo sin caja sino juntamente cuidado de Dios para que se conociese que aquella blandura de miembros que tenía, cuando lo enterraron, no era cosa casual sino prevención de la mano poderosa de Dios; el cual, como no duerme, como dice el salmista, en la guarda de Israel tampoco deja de manifestar las maravillas que obra en sus siervos. Y así sucedió en esta ocasión, que advirtiendo el comisario general, que entonces era el apostólico y venerable varón fray Pedro de Oroz, y el provincial fray Pedro de San Sebastián, la indecencia con que se había enterrado el cuerpo de el santo varón fray Alonso, y que era razón vestirlo y ponerlo en una caja, como a cuerpo que creían ser de santo, según la larga experiencia que tenían de su santidad; mandaron que de secreto el enfermero fray Pedro Manzano, y el sacristán fray Pedro Lázaro y otro religioso, entrasen a las ocho de la noche en la iglesia y cavasen el lugar de la sepultura, y que estando hecho los llamasen, que querían ver el cuerpo y enterrarlo como debían. Hiciéronlo así, pero como el ámbar o algalia, donde quiera que está no puede ser su olor disimulado, así fue que el de la santidad de este santo varón no se pudo ocultar, por más que lo pretendieron y fue muy público en el convento, a lo cual concurrieron los más de él; y aunque cuando lo enterraron habían pisado la tierra y el cuerpo, con pisonos, cuando lo desenterraron le hallaron sin lesión alguna y tan tractables sus miembros, como el día que lo enterraron, con ser ya este el tercero que estaba debajo de la tierra. Estaba muy hermoso y sin ningún mal olor: tratáronlo todos como a cuerpo santo y le besaron los pies y manos, con mucha devoción, y por haber mandado los prelados que no le cortasen cosa de su cuerpo, se

abstuvieron algunos de los presentes de hacerlo. Y fue tanto el contento que recibieron, en ver y tratar aquel cuerpo santo, que se estuvieron en este acto hasta la media noche, alabando a nuestro Dios y señor en sus santos. Vistiéronle un hábito y metido en una bien labrada caja lo volvieron a enterrar, donde debe de permanecer entero, si ya no es que el edificio nuevo de la nueva iglesia, con lo que ha sumido y levantado el agua, con la humedad no lo ha corrompido. Aunque ni agua, ni fuego bastan a consumir a los santos, cuando Dios es su amparo y guarda, como se vido en los tres mozos de el horno de Babilonia, y en San Clemente en el mar, y en otros muchos se ha visto. Allí yace esta santa reliquia, hasta el juicio final, si Dios en otro tiempo antes no la descubre o manifiesta; el cual sea alabado por siempre.

CAPÍTULO LII. *Que trata de los benditos y religiosos varones, fray Marcos de Nisa y fray Jacinto de San Francisco*



DIOS, COMO PIADOSO Y CUIDADOSO DE ESTA SU VIÑA INDIANA, la cual había descubierto a nuestros españoles, andaba por todas las partes de la cristiandad haciendo gente para traerla a éstas, en los principios de su conversión. Porque como corrió la fama por todas ellas de el grandísimo gentío, hallado en las nuevas tierras, y que padecían grande necesidad de doctrina, muchos se movían con la inspiración interna de Dios a venir a ellas. Y entre otros grandes siervos de Dios que vinieron, fue uno fray Marcos de Nisa, natural de la misma ciudad de Nisa, en el ducado de Saboya; el cual partió para esta Nueva España el año de 1531, sin reparar en las muchas leguas que por mar y tierra tenía que caminar, a fin de hacer esta jornada. Y habiéndola hecho con mucho trabajo, hasta la Isla de Santo Domingo, no luego se vino a esta Nueva España; porque oyó que la tierra de el Perú era recién conquistada, para donde se partió, con fervor y celo de aprovechar a las gentes idólatras allí descubiertas; pero Dios, que le quería para ministro de éstas, no le quietó el corazón en aquellas, porque las halló con mucha inquietud y muy desacomodadas para sus intentos, y así se vino luego a la Nueva España a esta provincia de el Santo Evangelio, adonde por sus letras, religión y buenas partes fue recibido con mucho gusto y a pocos años elegido en tercero ministro provincial, después que acabó su oficio el santo varón fray Antonio de Ciudad-Rodrigo; y con el cargo de provincial partió en demanda de la tierra nueva de Cibola, de que tuvo noticia por relación de otro religioso (como decimos en otra parte) y satisfecho en alguna manera de las poblaciones que por allí había volvió segunda vez en demanda de la misma tierra, llevando algunos religiosos en compañía de el capitán Francisco Vázquez de Coronado, que fue por general de los españoles. Anduvieron mucha tierra desierta y pasaron grandes trabajos hasta llegar a la tierra de Cibola y Quivira. Dio la vuelta, no con menos trabajos que a la ida, y resultóle de aquella tan larga jornada